

Roger Bartra (selección y prólogo),

Anatomía del mexicano,

Plaza y Janés (Temas a debate), México, 2002, 320 pp.

Por Isaac García Venegas

A raíz de las elecciones del 2 de julio del 2000, mucho es lo escrito sobre la democracia mexicana. Sin embargo, la abundancia derivada del entusiasmo inicial y de la duda posterior, ha dejado de lado aspectos fundamentales, como la reflexión sobre la dimensión simbólica necesaria para legitimar un régimen democrático, tema del que se ocupa Roger Bartra en su nuevo libro, *Anatomía del mexicano*.

Interesado en el estudio del mito, en esta ocasión Bartra ofrece una antología que pone de relieve la construcción del mito nacionalista que caracterizó al siglo xx mexicano. Como lo señala en el prólogo, sin la legitimidad que ese "ser nacional" huidizo otorgó al régimen surgido de la Revolución, difícilmente podría explicarse su larga permanencia. "El mexicano" fungió como estructura mediadora que posibilitó la existencia de un sistema autoritario estable y sin paralelo en América Latina.

Los textos reunidos por el antropólogo catalán muestran con claridad, y desde las más diversas interpretaciones (positivistas, fenomenológicas, existencialistas, marxistas, psicoanalistas, médicas), la evolución de este mito en tres fases bien definidas: su surgimiento a principios del siglo, su consolidación a mediados del mismo, y su agotamiento

definitivo a partir de 1968.

Desde sus orígenes, hubo una valoración positiva del mestizo: se le vio como lo propio en tanto que negaba y condenaba la imitación de lo ajeno. Adaptar a la realidad mexicana era el acto más racional que le quedaba, afirmaban los primeros constructores del mito, debido a que ella estaba determinada por la irreverencia ante la muerte y una extraordinaria sensibilidad, sobre todo artística.

Este mestizo, que reconocía a lo indio como "matriz", en realidad era un ser solitario, inseguro, acomplejado y resentido. De ahí su inclinación por las máscaras. Su valentía, machismo y actitud vacilona, no eran otra cosa que los disfraces necesarios para ocultar su yo escindido, sostuvieron quienes consolidaron el mito nacional.

Pero el mito se agotó. Las patologías exaltadas se criticaron por su falta de rigor, y aun se denunciaron como producto de posiciones políticas. En su autopsia, se pudo observar con nitidez que el afamado "ser nacional" no era otra cosa que una estrategia para "no desintegrarse en la indefensión".

El interés por mostrar esta evolución del mito nacionalista radica precisamente en exhibir su funcionamiento y agotamiento. El riesgo que corre la democracia mexicana reside en no construir nuevas formas simbólicas de legitimidad, y resucitar estructuras de mediación que entrarían en un conflicto profundo con las tendencias de la nueva condición "posmexicana", como la llama Bartra. ♦

Lorenzo Meyer,

El cactus y el olivo, las relaciones de México y España en el siglo xx,

Oceano, México, 2001, 340 pp.

Por Javier Bañuelos Rentería

Ya sea para denostarla o para exaltarla, la presencia española ha servido como un referente clave en la conformación de diferentes expresiones del nacionalismo mexicano. La hispanofobia y la hispanofilia han dejado poco espacio a las reflexiones que pretenden analizar, alejadas de cualquier tipo de juicio moral, las relaciones entre México y España. No podría ser de otra manera luego de tres siglos de convivencia colonial. Este pasado común ha dado a la relación una fuerte carga simbólica, sólo comparable a la que existe en el trato de México con los Estados Unidos y quizá también con Cuba. En estos casos la persistencia de la memoria ha demostrado ser un elemento más del juego diplomático. Pero no se trata de una memoria estática sino de una que va ajustándose de acuerdo al tiempo y a las circunstancias. La revisión de este proceso es uno de los aciertos mayores del estudio de Lorenzo Meyer sobre los encuentros y desencuentros de México y España en el siglo xx.

Presentado como primera parte de una investigación más amplia, *El cactus y el olivo...* arranca con la proclamación de la independencia de México en 1821 y cierra en 1931 con el advenimiento de la república

en España. Para iluminar ese periodo Lorenzo Meyer se vale de una abundante bibliografía y, sobre todo, de los documentos que pudo consultar en diferentes archivos como el del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

¿Cómo lograr una relación de igualdad y reciprocidad entre una joven nación y su antigua metrópoli? Esta pregunta engloba el trabajo de Meyer. Su respuesta comienza por reconocer la existencia de condiciones de desigualdad originales. El sistema colonial arraigó en la mentalidad de americanos y peninsulares la certeza de que eran diferentes y que esa diferencia implicaba privilegios para unos cuantos y obligaciones para muchos otros. La corona española reconoció hasta 1836 la independencia de su antigua colonia sin que esto significara

un compromiso de respeto a su soberanía. España intervino cuantas veces quiso en los asuntos internos de México, sólo que, como afirma Meyer, apostó siempre al bando equivocado. Apoyó a los conservadores monarquistas en su lucha frente a Juárez, y alentó la conspiración huertista contra Madero. Estas equivocaciones afectaron los intereses ibéricos en el país y permitieron que otras naciones, Inglaterra y desde luego Estados Unidos, se convirtieran en los principales socios e interlocutores de México. Otro elemento que marca la relación desde su origen, señala Meyer, es la existencia de una influyente colonia española en México que nunca ha tenido su contraparte mexicana en España. La defensa del patrimonio y la seguridad de esos ciudadanos

hispanos fue uno de los puntos de mayor conflicto entre ambas naciones. Durante la revolución armada, a principios de siglo, muchos "gachupines" fueron pasados por las armas y a otros les fueron confiscados sus bienes. Ya en los años veinte los ataques personales disminuyeron, pero el daño a la relación ya estaba hecho. El discurso nacionalista posrevolucionario tendría una fuerte carga antihispanista y sólo la llegada, al poder en España de los radicales republicanos en 1931, permitiría un nuevo acercamiento. Ahí comienza el siguiente capítulo de una historia que hoy tiene como protagonistas a los presidentes Vicente Fox y José María Aznar, representantes de un proyecto muy distinto al republicano y al cardenista de los años treinta. ➡

América Molina del Villar, *La Nueva España y el matlazahuatl, 1736-1739*

CIESAS / El Colegio de Michoacán, México, 2001, pp. 336

Apareció sin que nadie se diera cuenta, en un obraje de Tacuba en las inmediaciones de la Ciudad de México del siglo XVIII y nadie se imaginó que este brote a la tierra trajera tan caóticas consecuencias: se le llamó matlazahuatl, la epidemia que, según los estudiosos, fue una de las más devastadoras de la época colonial.

Aquí, la autora no sólo se ocupa del análisis que la demografía histórica puede ofrecer sino que descubre casi simultáneamente una historia urbana y rural vinculada a fenómenos sociales. Así, la principal contribución de este libro a la historiografía de la época radica en su intento por plantearse

el estudio de la epidemia en un marco integral que hace posible reconstruir escenarios rurales y urbanos en la Nueva España y rastrea, a través de su propagación, las acciones tanto económicas y sociales que se llevaron a cabo. Economía, desarrollo, salud, mentalidades, crisis, conflictos, abusos, migración, y las difíciles condiciones de vida que sufrieron los habitantes afectados por esta enfermedad, son algunos de los temas que en siete capítulos aborda América Molina del Villar en un profundo estudio en donde puede verse que al final, una epidemia representa, aun en el siglo XVIII, mucho más que estadísticas. ➡

